



LUIS DURAND  
1946-1954

‘ ‘ ATENEA ’ ’ Y LUIS DURAND

---

NO PUEDO separar lo que fue para mí la revista "Atenea" que ahora cumple sus cuarenta años —la edad de la inteligencia para los seres humanos— del novelista y cuentista Luis Durand, quien fuera su Director o Representante en Santiago, hasta el 11 de octubre de 1954, día de su muerte.

Nadie, en apariencia, menos indicado que Luis Durand para dirigir una revista tan exclusivamente literaria como "Atenea". El autor de *Frontera* estaba muy lejos de ser un literato en el sentido que, con frecuencia, damos a este vocablo. Durand leía principalmente novelas y algunas, como el *Ulises*, de James Joyce, le producían accesos de fastidio.

La cólera de Luis Durand era un espectáculo muy chileno, con interjecciones de aquellas que emplean los huasos y los rotos más castizos, en su inamovible condición popular.

Luis Durand recibía el material de "Atenea", compuesto, en su mayoría de poemas y cuentos, y lo guardaba en una carpeta que enflaquecía muy poco y que, en cambio, engrosaba periódicamente. El colaborador literario espontáneo es abundante en Chile y tal vez en toda Sudamérica. Algunos llegan en su vehemencia a dedicar sus trabajos a quienes dirigen estas publicaciones, otros a los que imaginan influyentes, movidos por esa humildad periférica que sólo engaña a los incautos.

Luis Durand se reía de estas argucias, algunas pueriles, sin relación con el habitual orgullo que se oculta bajo la frente de casi todos los escritores, hasta de los más insignificantes. Cuando vagaba por las calles santiaguinas, en la actividad peripatética y comadrera que tanto se avenía a su carácter, nunca faltaban los amables o tercios interesados por ver en letras de molde sus trabajos. En ese terreno

actuaba Durand, con la arbitrariedad ladina de un huaso, para quien la flaqueza humana era un espectáculo y también una fuerza fácil de ser guiada, como un pájaro al cual se atrae al centro de la liga aprehensora. Recuerdo a un pintor de calidad que no podía ser inevitablemente un escritor de oficio, como André Lothe, a quien le pulimos un poco su manuscrito, sin que se enfadara, al contrario, logrando que agradeciera las limaduras del Director.

En otra oportunidad, un consejero previsor y desconfiado le insinuó al novelista que no se dejara influir ni dominar por la gente joven que entonces le cooperaba, porque corría el riesgo de hundirse en un tremedal muy espantoso. Durand reía de los vaticinios de estos augures, no porque no desconfiara, sino más bien seguro de su íntima desconfianza, de su reticencia defensiva que parecía bastarle y sobrarle.

Con Luis Durand preparamos y publicamos el número del cuento chileno —antología agotada en escaso tiempo—, el de don Miguel de Cervantes y el de Tirso de Molina. Debido a la preparación de éste último, fuimos invitados a almorzar al convento de los Mercedarios. Nos recibieron aquellos venerables frailes muy afablemente; presidió la mesa el Padre Ríos y nos acompañaron el Presbítero, Jacinto Núñez Barbosa y el profesor ecuatoriano Rafael Coronel, que pronunciaba continuos y fogosos discursos.

Ya muy pasado el mediodía y sin que nos levantáramos de la mesa, el Director de "Atenea" quiso detener los discursos de Coronel y procedió a rebajarlo en la jerarquía militar, hasta dejarlo reducido a "lleulle", algo menos, según Durand, que un recluta en la jerarquía indígena.

El profesor seguía la broma con el desenfado de un noble inglés y sólo varió el programa cuando entraron al comedor dos hombres gordos y mal vestidos, con aire de sacristanes o de esperpentos, de faz macerada y ojos opalinos, que nos hicieron el obsequio de sus cantos de tono criollo o litúrgico.

Recuerdo que me alcé tarde de aquella mesa generosa y al salir al patio del convento, un novicio con hábitos de nieve y mejillas de asceta, me indicó la dirección de la puerta de salida, sin que yo alcanzara a preguntarle nada.

Después de aquel festejo y transcurridos los plazos más prudentes, apareció el número de "Atenea", dedicado a Tirso de Molina y como hubo que decir, siguiendo a doña Blanca de los Ríos y a otros tirsistas, que el gran mercedario, fray Gabriel Téllez, podía ser hijo bastardo del Duque de Osuna, recibimos una carta de los mismos venerables anfitriones en que se nos señalaba que aquella insinuación

manchaba la blancura de los hábitos del autor de "El Burlador de Sevilla". Luis Durand sonrió con escepticismo, recordó, una vez más, a un personaje de su intimidad que se llamaba Castro Pérez de Arce, que llegaba a su casa en Traiguén, como un prodigio de la rutinaria y adocenada realidad y les ofrecía a él y a sus medio hermanos, regalos que nunca cumplía, y publicó la solemne rectificación en "Atenea". Lo guiaba, igual que en muchos actos de su vida, un impulso innato, un sentido bárbaro de la justicia, que tendía a protegerlo.

No quedamos si tan impunes con el número dedicado al cuento chileno, porque como ha de suceder en toda antología, resultaron marginados algunos autores. Uno de ellos, hombre de edad, autor de una obra que lo acreditaba, sin duda, como buen cuentista vernáculo, envió una carta amenazante que lo mismo estaba dirigida a Durand, como a un invisible y desautorizado colaborador que él sólo imaginaba. El Director de "Atenea" me mostró la epístola acre y sólo no fue publicada debido a que su redacción la hacía indecorosa.

Años después de aparecido este número del cuento chileno, un escritor, escasamente divulgado, que no aparecía tampoco en el tomo, me divisó en la mesa de un club social extranjero, provisto de una arcaica orquesta. Yo disfrutaba de la amistad de dos poetas y nuestro amigo, después de sentarse a nuestra mesa y de beber de nuestro vino, me cobró sentimientos por la antología de "Atenea", incompleta, según él, al faltar su nombre y se paró en seguida, junto a la sentimental orquesta, a proferir los más groseros insultos.

Pero la vida literaria es así y acaso a ello se deba que nunca hayamos sentido la tentación de escribir nuestras memorias, como empieza a usarse ahora en Chile, conforme a nuestra tradición de país de historiadores y de activos murmurantes.

En cambio, con el número de "Atenea" dedicado al genio de don Quijote de la Mancha, nos fue mejor. Las colaboraciones tenían mucho de homenaje devoto; las de más alta calidad, las obtuvimos de antiguos y actuales textos o de las revistas literarias que llegaban hasta la Universidad de Concepción en canje.

Luis Durand escribió entonces un editorial intitulado "América y Cervantes", cuyo tono barroco, de hálito oratorio, se inicia con la alusión a los conquistadores de América y engarza en Cervantes, cuyo "nombre egregio resonaba por todos los ámbitos". Byron Gigoux James, periodista, escritor y pintor, Director entonces del diario "Las Ultimas Noticias", que otorgaba espacio a las colaboraciones de Durand y mías, le dijo al Director de "Atenea", luego de ojear el número que le estaba dedicado: "Oye, gordo, y ¿por qué no escribes así, con

estilo tan elegante, en el diario?" "¡Ah —repuso Durand— para lo que tú me pagas, está bien lo que escribo! Esta otra es mi prosa de etiqueta. . ."

Es sabido lo que Durand sufría por la exigencia de los llamados estilistas, algo que él veía como cima inaccesible, para ser reconocido oficialmente y de verdad por su país. Pero al igual que Pereda, Taceray, Dickens y tal vez Raimundo Lulio frente al censor latino, que resultaban variados si se sometían a un plan científico, para escribir, Durand se tornaba inseguro de su espontaneidad, que era su mayor riqueza. Influyó, como es obvio, el acento de los criticastros que lo habían censurado, como si se tratara de un estilista, ajeno al calor humano, a la pasión de escribir.

Pero bien sabemos a dónde llega el hombre sensible si se interesa excesivamente por la opinión ajena.

La preparación de la revista "Atenea" era para Luis Durand una proeza. Hay que pensar en las dificultades de su visión y en su salud precaria que lo amenazaba, con sus crisis nerviosas, de inmovilizarlo.

Durand no había nacido para vivir solo, sin el apoyo afectuoso de sus amigos, en especial de sus amigas. El no sentía rubor de salir en busca de la amistad, en ser generoso más allá de sus propias limitaciones económicas y de renegar colérico si esa confianza en la amistad lo hacía equivocarse. La justa ambición a ser reconocido en su país, con los máximos honores, lo llevaba a desconfiar de sus amigos más sinceros y más dispuestos a cooperarle, dentro de la defectuosa condición humana. Yo no estaba libre de esos resquemores y ahora puedo seguir en la colección de la revista, las "notas del mes", escritas por el Director y en las cuales eliminaba un hombre de toda actividad societaria, como si en verdad el dueño de ese nombre hubiera muerto, al golpe de su mano. Pero si los hombres no nos relacionáramos con la plenitud de nuestras virtudes y defectos, la vida contendría una carga de hastío, imposible de soportar.

El desempeño de la secretaría de redacción de la revista "Atenea". fue para mí una impresión equivalente a la que deben de experimentar los sacristanes bisoños que han de coger sin ceremonias los vasos y los ornamentos sagrados. En primer término, fue impresionante contemplar de cerca los manuscritos de nuestros autores locales más famosos, algunos tan pulcros y limpios, firmado por comentaristas españoles; otros plagados de correcciones y tachaduras, como cartas censuradas; otros, los más valiosos como documentos, dejando la rienda suelta a la incontenible egolatría, convertida en desesperada megalomanía, aquella impulsora de que el autor escriba de sí mismo, con la generosidad de quien piensa en el mejor de los amigos.

Luis Durand me entregaba estas piezas, para mí de museo, con una despreocupación encantadora y esta naturalidad sólo se tornaba molesta para ambos, cuando un artificio propio de la vida literaria, contribuía a falsearla: el uso de un nuevo seudónimo, por ejemplo, protección inútil de algún cronista consagrado a fin de lapidar a un impetuoso escritor joven. Pero bien sabemos que a la postre todos respiramos en nuestro medio y la momentánea complicidad de Durand, se esfumaba con la atención de otros menesteres.

La intervención del Director de "Atenea", no se interrumpía si el novelista estaba enfermo o salía en gira por las provincias, en especial por sus queridas y húmedas tierras sureñas, algo que era muy frecuente, si se recuerda el amor entrañable de Durand por los viajes en tren y por las estaciones de ferrocarril. Entonces comenzaban las cartas para el secretario, algunas con pormenores muy íntimos, como ésta que me atrevo a copiar, que, aparte de su simpatía, muestra la desolación que normalmente vive el auténtico escritor chileno, mientras modela una empresa de cultura, o imprime los trazos recios de una obra que ha de mirarse con el tiempo desde lejos.

Escribe el novelista, con letra menuda, en una hoja de fino papel: "Ojalá que la vida, corta o larga, me dé oportunidad para decirle cómo llevo adentro ese sentimiento para usted. Títeres como somos de la vida y de los acontecimientos, hay sin embargo, emociones que nos inducen a levantar los ojos y a pensar con claridad en que somos algo más que un ente y que nuestra alma adquiere grandeza suprema cuando sabemos ser humanos sin restricciones.

"Yo tengo una sed inextinguible de amor y también de amistad. En la suya siento la seguridad plena de un afecto sincero, de una comprensión sin malicia ni malabarismos".

La carta está fechada en Quilpué, el 11 de agosto de 1954, tres meses justos antes de la muerte de su autor. Pero sigamos nuestra serena remembranza.

Los aniversarios de eminencias nacionales o extranjeras, las reuniones culturales, eran motivo de preocupación insistente para el creador de *Cielos del sur*. Era ésta una zona que intuía temible y algo vedada para él, algo que estimaba propio de maestros o pedagogos. Más de algún modo se salía del paso. Cada mes esta labor se complementaba con el reconocimiento o la censura amable y positiva de don Enrique Molina, Rector y estatua viviente de la Universidad de Concepción, que leía el tomo con la atención de un maestro que revisa una prueba escolar, sin omitir ni las erratas tipográficas y que de allí ascendía a la índole misma de los engendros publicados. Recuerdo que una mañana concurrí a su Gabinete de Ministro de Educación y allí

tuve la oportunidad de oír una prueba de su puritanismo sajón, a propósito de un estudio muy hondo acerca de David H. Lawrence, el lírico inventor de *El amante de Lady Chatterley*.

Esta inquietud espiritual constante por la revista literaria más antigua de Chile, hizo crisis cuando el novelista enfermó de gravedad y debí preparar un número, ya a sus espaldas, con el material acumulado en su carpeta y cumplir el compromiso de su publicación. Pero ya el Director receloso y sensible no existía. Mi gestión se finalizó entonces con la entrega de los originales ordenados al editor de "Atenea", don Carlos George Nascimento y con la disputa posterior con algunos autores, puesto por mí en el sumario, que ya estaban informados de mi desvinculación con la revista, por una dedicatoria más o menos, un orden de procedencia u otros motivos subalternos.

Y acaso es mejor que estos recuerdos se finalicen. Empezamos a rememorar con ánimo muy alegre y después se nos cruzan hechos, fantasmas, velados por la memoria, seres o incidentes que en su oportunidad nos causaron molestia o nos hicieron andar el corazón de prisa, lo que viene a constituir el estímulo de la existencia.

El motivo central de estos recuerdos, lo único que hizo valedero escribirlos, es la personalidad del novelista Luis Durand, Director de "Atenea", hasta el 11 de noviembre de 1954, fecha de su muerte.

Es la historia novelesca de un escritor campesino que arribó a la capital con todas las trabas y prevenciones del provinciano, que fue mirado con reticencia y hasta burla por los literatos profesionales, que enmudeció azorado ante las gallardías de los grandes señores de las letras y que guiado por su talento y su astucia, más que por sus ojos físicos, llegó a dirigir, con acierto y gracia, nuestra publicación literaria más importante.